

¿EL “OTRO ALBERDI”?

No deja de ser curioso el observar cómo se aplica a ciertos personajes, y particularmente a personajes de nuestra historia, la idea de una fisonomía oculta o poco conocida.

En el caso de Alberdi, que es el que nos interesa, se ha utilizado en los últimos años la denominación del título con intencionada referencia a épocas de la historia argentina. Un Alberdi —vale decir, el Alberdi “tradicional”— sería el enemigo de Rosas, hasta Caseros o Pavón. El otro, el Alberdi que viene después y que no sólo no combate a Rosas, sino que, al enjuiciar la situación del país, llega a elogiar al ex Gobernador de Buenos Aires. Claro que tal enfoque no se hace tanto en virtud del propio Alberdi como en relación a Rosas, y esto sirve también para explicarnos algunas derivaciones en esta singular bipartición alberdiana. En fin, como la obra que se señala como ejemplificación nítida de ese “otro Alberdi” es *Peregrinación de Luz del Día* ⁽¹⁾, es necesario detenerse en este aserto.

En primer término conviene no olvidar que la sátira severa de Alberdi está impulsada por la mira que —con más o menos fundamentos, con más o menos aciertos— puja en toda su obra y toda su vida: el bien de la patria. El que gobierna entonces el país es Sarmiento, y no Rosas, y los ata-

⁽¹⁾ JOSÉ MARÍA ROSA (h), *El otro Alberdi*, prólogo a su edición de *Peregrinación de Luz del Día*, Buenos Aires, 1947. El comienzo y el final del prólogo se reproducen en *Antología*, Buenos Aires, 1944, I, nº 2, págs. 21-22.

ques a Sarmiento de ninguna manera suponen que “añore” la época de Rosas. Los escritos de Alberdi, que tienen casi siempre una dependencia inmediata en relación a los acontecimientos, deben entenderse, pues, sobre esa base. Aquí las alusiones son claras, tal como creo haber demostrado en páginas anteriores y como —creo— cuesta poco demostrar (2).

Con respecto a este “otro Alberdi” yo pienso, por el contrario, que no se da tal dualidad. Que el pensamiento de Alberdi es —también sobre esa base— de clara unidad, dentro de una línea no extremadamente rígida, y que los repliegues y aun rectificaciones que pueden señalarse en él no aparecen en este sector.

¿Cambió mucho la opinión personal de Alberdi acerca del exilado de Southampton? A través de algunos comentarios recientes pareciera que sí. Sin embargo, me parece que es fácil mostrar lo contrario, y a los ejemplos me remito. Comparo párrafos anteriores y posteriores a Caseros.

En la parte final de *El gigante Amapolas*, de 1841 (lavemos colores abultados de la sátira), dice El Sargento:

“No señores, yo no soy grande ni glorioso, porque ninguna gloria hay en ser vencedor de gigantes de paja...” (3).

En 1857, Alberdi se encuentra con Rosas en Londres, en casa de Mr. Dickson, cónsul, y lo describe así:

“Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires, por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es el que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas

(2) Ver, también, JOSÉ MARÍA ROSA (h), prólogo a *Peregrinación*, pág. 27. Además, en las *Palabras de un ausente* se lee, por ejemplo:

“El calumniador es Don Basilio elevado a la magistratura, que vestido de casaca oficial en lugar de sotana, fulmina su arma favorita en forma de instrumento judicial desde el solio de su silla curul” (*Obras completas*, VII, Buenos Aires, 1887, pág. 158).

(3) ALBERDI, *Obras completas*, II, Buenos Aires, 1886, pág. 128.

de cerca ¿Cómo ha podido ese hombre dominar a ese pueblo a tanto extremo?, es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle...” (4).

No cito estos párrafos como ejemplos de “verdades objetivas” (que no lo son, ni aún en el ardor partidario), sino como ejemplos reiteradores. El mayor respeto de Alberdi hacia Rosas —respeto, no “admiración” como defiende ingenuamente Gálvez (5)— se encuentra en las cartas que escribió Alberdi a Máximo Terrero y Manuelita Rosas, por los años 1863-1867 (6). (Cartas que no conozco sino indirectamente, a través de citas de Manuel Gálvez y José María Rosa (h), y cuyo testimonio acepto).

En esas cartas encontramos comprensión por el caído, consejos para la defensa de expatriado en Southampton, pero nada que muestre a Alberdi arrepentido de sus juicios anteriores sobre el gobierno de Rosas. Lo más prometedor lo encontramos en una carta de 1867 a Terrero, cuyo párrafo copio, como he dicho, de una fuente nada retaceadora. Dice allí:

“Mi pasado político me gobierna un poco, pero él no me impedirá, llegada la oportunidad que ha de venir, de tributar a la justicia histórica en obsequio de muchos títulos que le asisten a él, el testimonio público de mis convicciones a su respecto” (7).

(4) Cf. ALBERDI, *Rosas* (en el destierro), en *Autobiografía*, ed. de Buenos Aires, s. a., pág. 263.

(5) MANUEL GÁLVEZ, *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, 1940, pág. 546.

(6) Antes, en el comienzo de una carta de Alberdi a Félix Frías, escrita desde Londres (8 de setiembre de 1857) hay una aprobación a la actitud de Félix Frías en el Proceso a Rosas, pero no aprobación a la tiranía de Rosas, dice Alberdi:

“Le doy mil parabienes por su noble conducta con la oposición hecha al frío, rencoroso y triste proceso contra Rosas. A Ud., secretario de Lavalle, soldado en tantos combates contra el tirano caído, le tocaba el alto rol de respetarle en el rol de vencido, que ha llevado hasta aquí con silencio y resignación loables...” (JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Cartas inéditas a Juan María Gutiérrez y Félix Frías*, Buenos Aires, 1953, págs. 278-279).

(7) MANUEL GÁLVEZ, *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*, pág. 548.

Dentro de la vaguedad cortés del ofrecimiento se anticipa “algo” ¿Lo cumplió Alberdi? No. Cuando escribe después y escribe “públicamente” para referirse a la época de Rosas, como ocurre con sus importantes *Palabras de un ausente* (1874), obra en la que, de nuevo, enlaza Alberdi su defensa con el ataque a Sarmiento, defiende su condición de “ausente” de la patria y recuerda su primer alejamiento del país:

“¿Por qué me ausenté de mi país?

Yo dejé mi país en busca de la libertad de atacar la política de su gobierno [el de Rosas], cuando ese gobierno castigaba el ejercicio de toda libertad necesaria, como crimen de traición a la patria. El Gobierno que hoy reemplaza al de ahora 30 años, tiene pruebas de que no estoy ya en el país, por no responder como de un crimen de traición, de la libertad que me he tomado de tener opiniones opuestas a las suyas...

En semejante estado de cosas que, si no es de completa tiranía, tampoco es de completa libertad, lo mismo es hacerse desagradable al que gobierna que pasar a sus ojos por enemigo de la patria y justiciable del crimen de traición...” (8).

Copio con cierta amplitud estos párrafos del principio de la obra para mostrar el previsible eje del alegato alberdiano. Ahora podemos reducirnos a sus alusiones a Rosas:

“Tal nos pasa a nosotros, que salidos del país sin acabar los estudios de derecho por no prestar juramento a la dictadura de Rosas, para tomar un grado universitario, somos personalmente menos conocidos en nuestro país que en el extranjero...” (9).

“Yo salí de Buenos Aires por odio a su gobierno, cuando su gobierno era el de Rosas...”

Ausentarse del país tiranizado, era entonces dar prueba de amor a su libertad” (10), etc.

(8) ALBERDI, *Palabras de un ausente*, págs. 136-137. Las citas no tienen por objeto echar fácil leña a un fuego difícil de extinguir. Simplemente, deben entenderse por lo que dicen en relación a Alberdi.

(9) ALBERDI, *Palabras de un ausente*, pág. 139.

(10) ALBERDI, *Palabras de un ausente*, pág. 140.

Naturalmente, me reduzco a lo que atañe a esta perspectiva Alberdi-Rosas. Lo demás, escapa por el momento a nuestra cuestión.

Veamos ahora la otra cara importante en relación a este posible "otro Alberdi". Me refiero a la perspectiva Alberdi-Sarmiento. Únicamente, de manera intencionada puede desconocerse la enemistad personal entre estos dos hombres. Latía ya antes de Caseros, en Chile ⁽¹¹⁾, a pesar de lo que pudieran dar a entender cartas de Sarmiento ⁽¹²⁾, y tuvo después rotunda manifestación escrita en las llamadas *Cartas quillotanas*, de Alberdi, y en las *Ciento y una*, de Sarmiento.

Veinte años después —por medio, la ascensión, la culminación presidencial para Sarmiento; para Alberdi, una pré-dica cortada por acusaciones y nombres duros— Alberdi escribe contra su adversario encumbrado dos obras: las *Palabras de un ausente*, obra grave; *Peregrinación de Luz del Día en América*, sátira amarga. La distancia en que se encontraban entonces los dos antiguos emigrados en Chile era mucho más pronunciada que la que se había manifestado en tierras del Pacífico y en las polémicas del año 53. Sobre esa base, no debemos olvidar, pues, que la rivalidad viene de lejos. El tiempo la ha acentuado, pero de ninguna manera es justo borrar claras raíces personales, muy anteriores.

Ya que algunos toman la *Peregrinación de Luz del Día*

⁽¹¹⁾ Ver asomos en una carta de Alberdi a Félix Frias, fechada en Valparaíso, el 24 de mayo de 1851:

"Este amigo que profesa dos sistemas opuestos, divididos por los Andes, agitador allí y retrógrado aquí, goza de poco prestigio por lo que hace a la madurez de sus juicios. Gutiérrez se ha separado de él quejoso..." (Ver ALBERDI, *Cartas inéditas*, pág. 248).

⁽¹²⁾ Ver ALBERDI, *Obras completas*, IV, Buenos Aires, 1896, págs. 131-138. Ver también, en esta edición, el final de la carta de Sarmiento que determinó las *Cartas quillotanas* (pág. 9).

Sarmiento dedicó a Alberdi su *Campaña en el Ejército Grande*, (Río de Janeiro, 1852), con carta-dedicatoria fechada en Yungay, el 12 de noviembre de 1852. La dedicatoria es agríndice y allí Sarmiento recuerda que "es esta la tercera vez que estamos en desacuerdo en opiniones". (ver SARMIENTO, *Obras XVI*, ed. de Buenos Aires, 1897, pág. 81. El texto de la *Campaña* aquí reproducido no es del todo fiel, aunque la dedicatoria nos sirve).

como cuadro sombrío de la realidad argentina en la época de Sarmiento conviene no perder de vista dos aspectos: 1º) el carácter de sátira, que abulta relieves (13); y 2º) el nítido origen personal del desahogo.

Hasta dónde alcanza la certeza del cuadro es lo que conviene averiguar, y para esto es necesario salir de la obra. Sólo buscando justificaciones a priori pueden tomarse al pie de la letra intenciones y particularidades que se encuentran ya en personajes literarios europeos o que Alberdi les atribuye al pensar en la situación de su país. En última instancia, repito, pocos como Alberdi tenían derecho a tal testimonio. Lo que me parece equivocado es partir hoy de la *Peregrinación*, enerrarse en ella, y deducir de allí —sin más ni más— un cuadro fotográfico de la situación nacional en esos años.

Termino. Creo que no puede sostenerse de ninguna manera la presencia de “otro Alberdi”, como pretende el ardor polémico de José María Rosa (h). Por lo menos, a través de las razones aducidas y que centra en esta curiosa (y, a su manera, valiosa) *Peregrinación de Luz del Día*. Por otra parte, reitero también mi idea, tan fácil de demostrar como la precedente: el hecho de que la realidad argentina de 1870 no satisfaga los desvelos y anhelos de Alberdi, de ninguna manera supone que añore la realidad argentina anterior a 1852 (14).

(13) Por ejemplo: sobre esta dirección, y en lo que tiene que ver con Rosas, ya señalé particularidades de *El gigante Amapolas*.

(14) Después de 1870 tampoco cambió el pensamiento de Alberdi. Veamos algunos testimonios:

“Wheelwright ha conocido personalmente a Rivadavia, a Portales... a Mitre, a Rosas ya bautizado por la libertad en Londres. [No menciona a Sarmiento, claro está]. En casa del que esto escribe se encuentran impensadamente de visita estas dos celebridades que han llenado de su nombre la América del Sud. El uno como el representante más ingenuo del atraso americano, y el otro como el apóstol igualmente conocido de su progreso.” “El ex-dictador argentino” (*Wheelwright* [1876], en *Obras completas*, VIII, Buenos Aires, 1887, pág. 148).

“Con ese movimiento, pacífico todavía, coincidió la explosión de la cuestión francesa de 18... con la dictadura del general Rosas, sobre la asimilación de los franceses a los ingleses en el goce de los derechos

Se podrá estar o no de acuerdo con el pensamiento, reacciones o actitudes de Alberdi. Se podrá disentir acerca del verdadero valor y las resonancias nacionales del autor de las *Bases* . . . Poco o nada hay, en verdad, plenamente indiscutible, y más tratándose de hombres (y más de hombres que, como Alberdi, no siempre pudieron elevarse sobre amarguras y pasiones). Todo es posible. Lo que me parece equívoco y poco recomendable es este querer servirse a todo trance del nombre de Alberdi (algo parecido quiso hacerse con José Hernández) para defender situaciones, personajes o ideas que nunca defendieron.

EMILIO CARILLA

Rivadavia 244, Tucumán

civiles relativos a la persona, a la propiedad y el derecho al trabajo, que la Francia reclamaba en nombre de la civilización moderna y que la dictadura le negaba en nombre de su naturaleza voluntaria y violenta. La juventud argentina reconoció en ese duelo el de la civilización y la barbarie, y simpatizó con la causa del derecho, que el despotismo hollaba a la vez en el extranjero y en el argentino.” (*Juan María Gutiérrez* [1878], reproducido en J. M. GUTIÉRREZ, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Introducción, ed. de B. Aires, 1915, págs. 21-22). “¿Quién es el único que ha condenado y perseguido la unidad y la centralización de la Nación Argentina? El que nada hizo por su libertad ni por su independencia, el General Rosas, que siempre se opuso a que Buenos Aires fuese declarada capital de la República, a condición de no residir en otra parte que en la ciudad de Buenos Aires. . .” (*La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital* [1881] en *Obras completas*, VIII, pág. 242. Ver también, págs. 185, 277, 286, 300, 306, 307 y 309).

